

denes de equipo, había trages de franco-tiradores y de garibaldinos, en prendas por pago.

En compañía de tres legionarios me planté un pantalon de tela y una blusa azul y nos fuimos á tirar algunos balazos á la barricada que estaba en el ángulo de la calle Mont-Grand y de la plaza Saint-Terréol. Desde allí apuntábamos bien ó mal á los Guardias Nacionales del partido del orden, quienes desde las Graderías del Palacio de Justicia, hasta la extremidad de la calle nos enviaban sus balas. Por fin, estos instalaron un cañon dirigiéndonos nuevos cumplimientos en forma de metralhas, de las cuales una fué á atravesar una casa de enfrente. Juzgando entónces que la partida no era igual, abandonamos la barricada y volviendo á la prefectura, nos aseamos, des- embarazándonos de nuestros prestados vestidos. Hacia las cinco, salté de la guardia para darme cuenta del tiro de nuestros adversarios. Había ahí algunos curiosos á quienes no dejaron estacionar los soldados. Por último, al caer la noche los marinos de la Fragata de la Corona, que acampados en la Lonja aguardaban el momento favorable, llegaron al Palacio de la Prefectura, lugar abandonado por los insurectos, y escalaron las ventanas, no encontrando más que las personas en rehenes á quienes nadie había tocado.

La Comuna de Marsella había concluido.

VI. DE MARSELLA Á PARIS.

LA "LOCURA" Y LA IGUALDAD.—EN LOS TRIBUNALES Á LOS DIEZ Y OCHO AÑOS.—LA JÓVEN REPÚBLICA.—LA LUCHA CONTRA EL ESTADO DE SITIO.—"EL HURON Y LA HONDA."—TRES DUELOS.—ACUMULACION DE PROCESOS.—DESTERRADO Á GÉNOVA.—LA AMNISTÍA Á LOS CULPABLES DE DELITOS DE IMPRENTA.—MONTPELLIER Y EL DE "OPOSICIONISTA."—FRATERNIDAD REPUBLICANA.—LA EXPOSICION DE PARIS.

La Comuna trajo á Marsella el estado de sitio. Entónces fué cuando me hice periodista en toda forma.

Durante los primeros meses que sucedieron á mi separación del regimiento, además de perorar en los clubs, colaboré en diversos periódicos revolu-

cionarios; pero ese trabajo no me producía un céntimo.

Por fin, el 1.º de Enero de 1871, ingresé á la redaccion de *La Igualdad*, diario fundado por Mauricio Rouvier y Delpech, y cuyo redactor en jefe era á la sazón un profesor de los Bajos Alpes, M. Gilli la Palud. *La Igualdad* fué el primer periódico en que tuve sueldo.

Habíamos dos redactores encargados por turno de escribir diariamente la biografía de un hombre célebre. Esta serie de biografías, se intitulaba: *Efemérides Republicanas*; los personajes cuya vida relatábamos, y cuyas obras debíamos analizar, caso de tratarse de algun literato, eran seguidos desde la fecha de su nacimiento.

Ese trabajo nos quitaba mucho el tiempo. Era preciso trabajar durante cuatro ó cinco horas en la Biblioteca de la ciudad para reunir los datos de una biografía.

Mi compañero tenía á su cargo las de las celebridades artísticas y literarias, y yo las de los hombres políticos.

La administracion nos pagaba esas biografías á razon de diez francos (dos pesos) cada mes á los dos. Me explicaré bien; ganábamos mi compañero y yo, cinco francos (un peso) al mes cada uno. No podrá negarse que hice gran negocio con mis primeros trabajos en la prensa.

Después de la Comuna mi compañero fué aprehendido. Quedó, pues exclusivamente sobre mi la carga de las efemérides; sin embargo, le enviaba cada mes la parte de sueldo que le debía tocar, por más que yo redactara solo las biografías; esto era justo, supuesto que, muy á pesar suyo estaba imposibilitado para colaborar en un trabajo que habíamos emprendido juntos.

Pero cinco francos cada mes, no podían bastar para cubrir mis necesidades. Lo mismo que ántes de la guerra, me había alojado en un hotel, y mi familia pagaba. Pero tenia urgencia de no deber nada á mis padres, de quienes me alejaba cada día más.

Resolví, pues, fundar un periódico en union de siete ú ocho compañeros. Apareció á otro día de la Comuna, con el titulo de *la Marotte* (la Locura) y vivió dos años. Era una hoja semanaria y satírica, cargada de sal, y que atacaba furiosamente á los conservadores, especialmente al comandante general del Estado de sitio.

Al cabo de algunos números, no quedamos más que tres redactores.

Con el pretexto de las gracejadas atacábamos á los hombres del poder, de un modo verdaderamente rabioso.

Perseguido y suspendido á cada paso el periódico, desaparecía constantemente para volver á

aparecer con otro título. La Marotte se llamó sucesivamente la *Marmotte, le Sans—Culotte, le Bouffon*; pero, aunque con distinto nombre, era siempre la Marotte que se presentaba agitando de nuevo sus cascabeles.

El impresor y el gerente—no siendo mayor de edad, tuve que buscar un gerente—pagaron mis locuras con prision de más de un mes en los calabozos del fuerte de San Nicolás.

No hablaré de las denuncias hechas por particulares.

Llegó un momento, en que, en virtud de aquel diluvio de multas, no pude encontrar en Marsella un impresor, y el periódico se vió obligado á recurrir á las prensas de los correligionarios políticos en Ciotat y despues en Tolon.

Á fines del año de 1872 fuí citado á comparecer ante el tribunal de las Bocas del Ródano, por ultrages á la Religion. Tenia yo diez y ocho años.

El periódico, á pesar de las continuas persecuciones de que era objeto, y quizá á causa de ellas alcanzaba éxito. Se tiraban hasta 15,000 ejemplares, lo cual es mucho para una hoja semanal y de provincia á 10 céntimos. Los productos de la venta nos ayudaban á mis compañeros y á mí para ir viviendo.

En cuanto á las efemérides de la *Igualdad*, me había visto precisado á suspenderlas.

La biografía de Robespierre espantó á los directores del periódico, con todo y que eran liberales. La de Marat fué desechada por muy comprometora. Contenia pedazos del siguiente estilo:

“Me dirijó á la clase plebeya, á esa clase tan injustamente oprimida por la aristocracia orgullosa. . . . No debo ocultarlo; amo á esos hombres que invadieron la Convencion para proclamar la inocencia de Marat, y á esas mujeres valerosas que, á ejemplo de Theroigne de Mericout, fueron hasta Versalles á buscar al déspota Capeto. Amo á esa multitud que, inflamada por la elocuencia de Desmoulins, ceñía su frente de verdes guiraldas y derrivaba el monumento de la tiranía. Amo á ese pueblo activo que, ora agrupado bajo la bandera de la patria corría á rechazar al extranjero cantando la Marsellesa; ora se agrupaba al derredor de un cadalso para ver correr la sangre de los nobles y de los clérigos al son del *Ça vol!*”

El redactor en jefe, M. Gilly la Palud, prefirió suprimir por completo las efemérides, á exponerse á que se deslizaran el día ménos pensado y por descuido del administrador, renglones parecidos á los que acabo de copiar.

Sin embargo, como necesitaba de mi colaboracion, me dió el puesto de cronista suplente con un sueldo de treinta francos al mes. Limitado á noticias de los buques que llegaban y á la relacion de las historias de los perros machucados,

me era ya imposible dar pávulo á mis furoros revolucionarios en las columnas del periódico.

En esta época, á la vez que colaboraba en la *Igualdad*, era el principal redactor de la *Marotte*. Habia rotpido toda clase de relaciones con mis padres y mis amigos de la infancia. No ganaba mucho que digamos; pero en fin, subvenia á mis necesidades. Habia realizado mi sueño de oro: no depender de nadie.

El 10 de Enero de 1873, los propietarios de la *Igualdad* me propusieron sustituir la *Marotte* con otra hoja satirica tambien, pero de un lenguaje menos grosero, me ofrecieron un sueldo y la redaccion fué más numerosa. Bajo tales auspicios fué fundada la *Jeune République*, que vivió un año; sufrió desde luego una suspension de tres meses, y despues la prohibicion absoluta de su venta.

Consagré los años de 1874 y 1875, á la redaccion del *Furet* (Huron), pequeña hoja inspirada en la *Marotte*.

El proceso más importante que hubo, fué aquel en cuya virtud hube de comparecer ante la *cour de assises* (*).

(*) Tribunal francés desconocido tanto en España como en América. Es un jurado compuesto de jueces letrados, que no tiene denominacion en nuestra lengua.— (N. del T.)

El jurado, atendiendo á mi edad, me absolvió. Fué mi defensor M. Moglione, despues alcalde de Marsella.

Otro proceso intentado contra mí en 1873 por un sacerdote que calumnié, hizo algun ruido en el Mediodia.

El quejoso no era otro que el anciano superior del colegio de San Luis, el abate Magnan.

La *Marotte* y la *Jeune République*, se propusieron como regla de conducta arrojar constantemente el insulto y el ridículo sobre los escritores católicos.

De manera que el abate Magnan, colaborador de un periódico conservador, el *Ciudadano*, servía más que ningun otro de blanco á nuestras burlas, impregnadas de un gusto dudoso.

Un dia, el abate Magnan cansado ya, y queriendo poner término á esos ataques de una violencia inusitada, me denunció y conmigo al gerente. Habíamos traspasado todo limite. Se publicó una poesia escrita en dialecto provenzano, dirigida al venerable eclesiástico, y que contenía una de esas palabras groserisimas de que es tan rico el dialecto de la Cannebiere.

La poesia no era hecha por mí; pero venia á continuacion de una série de mis artículos, série que duró más de un mes. La procaz poesia, de-

terminó la persecucion, y la série de mis artículos, así como los de los otros redactores fué denunciada por el abate. Por lo demás, todos esos ataques eran de la misma indole.

La causa llegó al tribunal de casacion que falló á favor de nuestro adversario.

Finalmente; la sentencia de la Côte de Aix, que habia juzgado á fondo el asunto, fué confirmada y el periódico tuvo que pagar al abate Magnan, dos mil francos por indemnizacion de daños y perjuicios.

Mi antiguo superior recibió, segun entiendo, seiscientos francos, que empleó en la construccion de un altar dedicado á la Santísima Virgen en la iglesia de su ciudad natal, é hizo espontáneamente renuncia del resto de la cantidad.

En 1878, y en lo particular, le manifesté mi pesar por esos villanos ataques, y me siento feliz con poder repetir aquí lo mismo.

Además de los procesos, mis periódicos de aquella época me acarrearón disgustos de otro género.

En 1872 tuve un duelo con uno de mis compañeros de colegio, Horacio Martin, de más edad que yo. Ninguno de los dos poseíamos los primeros rudimentos de la esgrima. No obstante, nos batimos como dos rabiosos. El combate fué á espada y tuvo tres asaltos.

En el tercero me atravesó el brazo derecho

de parte á parte; pero mi agilidad en el terreno era tal, que no advirtiéndome mi herida los testigos, á mi vez y al momento traspasé á mi adversario la mano izquierda.

Se suspendió el duelo. Yo perdía mucha sangre. El médico me atendió violentamente, pues una gruesa arteria del brazo habia sido cortada.

Después atendió á mi adversario, con quien me reconcilié.

Durante algun tiempo no pude escribir. Por fin sané, y no me quedó más que una doble cicatriz como recuerdo de aquella aventura.

Me he equivocado. Con motivo de esta, contraí amistad con un hombre de corazon, uno de los testigos de Horacio Martin. M. Mercier, el cual, aunque de opiniones contrarias á las mías, compadecido de mi locura, me cobró afecto; me reprendía frecuentemente con motivo de mis excesos, y nunca perdió la esperanza de verme volver al bien.

En 1873, crucé de nuevo mi espada; pero esta vez con un republicano, Eduardo Chevret. Como un justo castigo del pasado, ese correligionario me hizo la misma injuria que la *Jeune République* habia hecho al abate Magnan.

En el terreno propiné una fuerte herida al pobre Chevret, artista más diestro en manejar los pinceles, que la arma blanca.

En 1874, tuve el tercer duelo. Mi adversario fué un jóven cronista marsellés, Emilio Rastignac; uno de sus testigos fué Leopoldo Peyron, que es actualmente secretario redactor del Senado. Nos batimos á pistola en Monaco. Disparamos dos balas á veinticinco pasos, y salimos ilesos.

Tres veces puse en grave peligro mi anti-cristiana existencia. Si hubiera muerto en semejantes circunstancias, habría sufrido eternamente el castigo de mis crímenes. Y Dios no lo quiso así. ¡Cuán misericordioso es el Señor!

Casi al terminar el estado de sitio, en los primeros días de 1876 me hice cargo de la direccion de un periódico satírico, intitulado *La Fronde*.

En este, como en la *Marotte*, era completamente libre al escribir; de manera que no tenía superior alguno que templara mi fogosidad. El impresor, mi sócio, era el primero en reir de mi frenesí literario. Por mi parte tambien tomé la cosa por su lado cómico.

Además, yo era enteramente responsable de mis artículos. Desde el mismo día en que fui mayor de edad, me declaré gerente de mi periódico. En caso de denuncia yo era el único responsable.

Muy pronto el impresor de la *Fronde*, se ausentó de Marsella, porque asuntos de mayor importancia lo llamaban á Montpellier para la creacion del *Petit Meridional*. Me dejó como único

propietario de la hoja satírica. Desde entónces, no conocí limites.

En unas cuantas semanas sufrí trece procesos.

Las sentencias de todos ellos acumuladas arrojaban el respetable total de ocho años de prision.

Como no tenía la menor voluntad de convertirme en prisionero del gobierno, me apresuré á tomar el tren de Génova.

No me hacía ilusiones, preveía la negra miseria que me esperaba en Suiza: No importa, prefería la miseria á la pérdida de la libertad.

En mi calidad de proscrito recibí de la autoridad cantonal un permiso de residencia, el cual debía ser renovado cada tres meses.

Bajo estas condiciones pasé en Génova los años de 1876 y 77.

Vivia del producto de mi pluma. *La Fronde*, trasportada á Montpellier habia continuado con el nombre del *Frondeur*. Además, las correspondencias para algunos periódicos franceses me ayudaban á subsistir.

La situacion no tenía nada de risueño. Un periodista desterrado gana poco en el extranjero; además, se hace muy difícil tener de que ganar.

Vi ahí proscritos de quienes se creía que llevaban una vida dispendiosa y lujosa, y que, por el contrario, estaban pobres como un Job.

Cluseret, era uno de ellos.